

EL CANDIDATO DE GAULLE

LOS CINCO MITOS DE LOS PRETENDIENTES DE FRANCIA

L Estado soy yo», «Después de mí, el diluvio... Las grandes frases del absolutismo francés han reaparecido, apenas disfrazadas por una ligera paráfrasis, en la alocución que el presidente de Gaulle pronunció el 4 de noviembre —había elegido el día de su santo patrón, Carlos Borromeo— para descubrir al pueblo francés el secreto mejor guardado del país que, sin embargo, era un secreto de Polichinela: su decisión de presentarse a las elecciones presidenciales del 5 de diciembre. No ha habido «coup de théâtre», no ha habido ningún invento espectacular. Ni una modificación de la Constitución para acortar el período de la presidencia —que es de siete años: como el general tiene 75 años, que cumple el 22 de noviembre, al final de su nuevo mandato tendrá 82—, ni un proyecto de ley para modificar el orden de sucesión —que ahora reposa sobre el presidente del Senado como segunda figura de la República; y el presidente del Senado es Gaston Monnerville, enemigo personal y político del general—. Es posible que estas modificaciones aparezcan después, cuando de Gaulle esté instalado de nuevo en su trono del Elíseo, cosa que inevitablemente sucederá a juzgar por las calas realizadas hasta ahora en la opinión pública, por el dominio que el poder ejerce sobre los órganos de propaganda —especialmente la televisión— y por la vaguedad de programas e intenciones que muestran hasta ahora los cuatro candidatos de la oposición.

De Gaulle se ha limitado en sus breves palabras de presentación a pasar la cuenta de sus realizaciones —incluyendo los años de la guerra— y a enfrentar al pueblo francés con un doble dilema: por una parte el régimen, el Estado, se encarna en su propia persona. Por otra, ese régimen representa la verdadera Francia y cualquier otro sistema supone el caos o, como le gusta decir al general, «la renuncia de Francia a ser ella misma». Las dos proposiciones son muy discutibles. Por fortuna para Francia el problema no es tan grave y hay que considerar la oración del presidente de Gaulle como un simple ardid de candidato: en el fondo, todos ellos se presentan como la gran solución nacional, aunque un cierto pudor les impida hacerlo con el tono grandilocuente del general. Escuchemos a Pierre Mendes-France: «No es cierto que haya que elegir exclusivamente entre la IV y la V República. Es demasiado fácil utilizar la IV como ejemplo para hacernos aceptar el autoritarismo, la

Por **EDUARDO HARO TECGLÉN**



Lecanuet ha encargado de su propaganda a un equipo de guapas azafatas. Casa por casa van repartiendo prospectos y hojas. Aquí aparecen tres de ellas.



El general Charles de Gaulle, presidente de la República, quiere volver a serlo por otros siete años. Si su candidatura no fuese aceptada, sería el caos del país, dijo.

arbitrariedad de la V. Todos los dictadores del pasado han llegado al poder explotando las debilidades y los desfallecimientos de quienes les han precedido. Puede ser una buena propaganda; pero no es la verdad». (Interviú en «Nouvel Observateur»). Claramente se ve, sin embargo, que de Gaulle ha elegido como «leit motiv», como «ritornello» para su música electoral, esta idea del mal ejemplo del pasado y de la inquietud del futuro. Casi con estas mismas palabras lo decía ya el primer ministro Pompidou en una charla radiotelevisada que le valió la acusación de haber abierto la campaña electoral antes de que ésta fuese inaugurada: «Entre el pasado o el presente, la impotencia o la eficacia, el pueblo ha elegido ya».

Ciertamente los mitos no faltan entre los pretendientes de esta nueva Penélope que teje y desteje el tapiz de la República. Si de Gaulle quiere monopolizar el empleo de la palabra Francia —y asegura que sin él Francia no será «ella misma», lo cual es una enormidad considerable—, y utiliza el espejo de la «Grandeza», cada uno de los otros exhibe también su colección de mitos más o menos fantasmagóricos.

Mitterrand, que es en quien más posibilidades se concentran después del general, reparte por el país 750.000 tarjetas postales con su fotografía y su biografía, cultivando así su propia personalidad, al mismo tiempo que se proclama campeón del mito de la «nueva izquierda unida». Leve y provisionalmente unida: el propio Guy Mollet, dirigente y santón del partido socialista (S.F.I.O.) ha anunciado ya que preferiría votar al derechista Pinay que al izquierdista Mitterrand. Lecanuet —católico, del MRP— es prácticamente un desconocido que ofrece un perfil fotogénico, una familia fotogénica, y representa el mito del centro equilibrado y justo, basado en la democracia pura. Más desconocido aún es el oscuro Pierre Marilhac, un senador de 58 años que quiere ofrecer el mito del francés medio: «Soy igual a todos estos franceses que van a votar y a esa juventud que no quiere volver a ver las combinaciones más o menos sórdidas de las que mueren las Repúblicas. Desde hace cinco meses nadie me ha reprochado nada más que estar aquí, un poco como el remordimiento de ser lo que los otros no pueden ser: un hombre libre que se presenta ante el país y que jamás ha dudado de votar a la izquierda o a la derecha

SIGUE

cuando su conciencia se lo ha ordenado». Su «slogan» favorito: «Hace falta un hombre libre para garantizar la libertad de los hombres libres». Finalmente, Tixier-Vignancourt, que ha elegido una campaña «a la americana» —viajando con un circo de lona por las provincias francesas, fotografiándose con su admirador Dalí—, representa el mito de la extrema derecha, del fascismo corporativista con una promesa de orden férreo. En realidad ninguno de estos últimos candidatos presenta una personalidad lo suficientemente atractiva, lo suficientemente fuerte, como para ser considerados seriamente. La única lucha se entabla entre de Gaulle, con el poder en sus manos, con el enorme peso de ser una figura histórica —no hay pueblo o ciudad en Francia cuya calle principal no se llame «del General de Gaulle», y nadie puede gozar de propaganda semejante para las elecciones—, y François Mitterrand con su intento de reconstruir la izquierda que está disuelta y desmigajada desde hace diecisiete años en Francia.

L problema principal que se le presenta a Mitterrand, además del nada fácil de mantener unidas las fuerzas que le apoyan, es que el general de Gaulle le ha robado su política. Hace tiempo que el Gobierno realiza una política con fines electorales en la que se está apoderando de los temas de combate de la izquierda y de la extrema izquierda. En el frente interior, el halago a las mujeres, a base de nuevas leyes de igualdad de salarios y de igualdad de derechos civiles con el hombre, a base de promesas para estudiar el problema ético y moral de «la píldora», demuestra que el general no olvida que hay quince millones de votantes femeninos. Ciertas estadísticas económicas, ciertos proyectos de satélites, cierta pequeña bomba

le ayudan también. En cuanto a la política exterior, las realizaciones del general coinciden con las aspiraciones de la extrema izquierda francesa: desaparición de las bases de los Estados Unidos en Francia; «boicot» prolongado de la OTAN y de los otros pactos militares de cabeza americana a los que pertenece; frialdad de relaciones con Bonn y frente al rearme atómico alemán y la rectificación de la frontera Oder-Neisse; repudio del Mercado Común; reconocimiento de China y mejora continua de relaciones con la URSS y los países del Este... (El viaje de Couve de Murville a Moscú y la duda plantada sobre el futuro viaje del general a la URSS han coincidido precisamente con estas vísperas electorales.) Amistad con el tercer mundo, promesas y comprensión a los países de Hispanoamérica... ¿Qué le queda a Mitterrand por ofrecer? Naturalmente no puede ofrecer una política contraria a ésta, porque entonces no podría exhibir la etiqueta de la izquierda y porque en el acto le abandonarían los cuatro millones de votos que le ofrece el partido comunista. La cuestión está en ofrecer esa misma política pero con un «sentido», con un «alcance» distinto del que busca de Gaulle. La lógica de François Billoux, miembro del comité central del P. C. F., presenta las aperturas a la izquierda del general como «impuestas por la defensa de los intereses de los grandes monopolios franceses que luchan con las contradicciones interimperialistas». Está claro que Mitterrand no puede emplear ese mismo lenguaje marxista, que le haría perder la otra mitad de sus amigos.

La realidad es que la agrupación de la nueva izquierda francesa está todavía sin cuajar cuando falta un mes para las elecciones. Aún se trata de conseguir que el grupo de Lecanuet se una al de Mitterrand: o, por lo menos, que no se ataquen mutuamente.



«El presidente de los tiempos modernos», «Un presidente joven para una Francia moderna». Estos son los «slogans» que ha escogido Mitterrand en su campaña

EL CANDIDATO DE GAULLE

EN muchos sectores políticos franceses se está planteando ya el programa político que se ha de presentar no ahora, sino después de las elecciones. Los intelectuales de la izquierda, sin dejar de luchar activamente en favor de la candidatura de Mitterrand, creen que la agrupación de la izquierda no cuajará realmente hasta dentro de mucho tiempo y que no puede ser fruto de una combinación de compromisos electorales que permitan dudar de la fuerza de esa misma coalición a la hora de disputarse los puestos del poder, sino de una comprensión mutua y de la fijación de unos objetivos mínimos comunes. También los llamados moderados —de derechas— buscan su política post-electoral. No se encuentran representados en de Gaulle, no aceptan a Mitterrand, se asustan de Tixier y no cuentan con los otros candidatos. Roger Duchet, senador independiente, prepara una unión de la derecha y la constitución de «un solo y gran partido nacional de vocación mayoritaria» que sea capaz de reunir con los degaullistas, a todos aquellos que repudian los juegos del pasado, a todos aquellos que quieren preparar el progreso...».

Queda, finalmente, otra incógnita post-electoral: ¿qué hará el presidente de Gaulle, una vez reinstalado para ejercer el poder en los que serán, esa vez irrevocablemente, los últimos siete años de su vida política? Estas dudas no podrían permitirse, puesto que él mismo anuncia una vocación de continuidad, si no tuviésemos presente el ejemplo del presidente Johnson, que cambió rápidamente su careta de Dr. Jeckyll liberal, amplio y «continuista» (de la política de Kennedy) por la de Mr. Hyde —en Santo Domingo, en Vietnam, en la ONU— a partir del momento en que ya había conseguido los votos del cuerpo electoral.

Pero estas son cuestiones demasiado lejanas aún.

E. H. T.

(Fotos de Dalmat, Europa-Press y Archivo)



Pierre Marcellhacy un derechista liberal, aspira a representar a una pequeña parte del electorado. Ante de Gaulle y Mitterrand, sus posibilidades son mínimas. Su candidatura, de este modo, sólo tiene carácter simbólico.



Tixier-Vignancourt representa la derecha combatiente. Aquí aparece a la puerta de la carpa con la que ha recorrido el país en viaje de propaganda política electoral.